

Lo mejor (no) es que te vayas

Remedios Zafra ►

En este lugar (verdadero) donde acontece lo que sigue, las mujeres perfilan las paredes con una delgada cenefa de nogalina. Aquí todos saben que la escritura es una cenefa..., y que la cenefa es una escritura, virgen, ideogramática, secular, una escritura-surco. Si su cauce es indeciso y poco visible, las historias se suspenden en un limbo de piedra sin desenlace claro.

Con el paso del tiempo, muchas casas y tierras se van quedando vacías y el trazo de la cenefa se va haciendo progresivamente más borroso e in-

termitente hasta casi desaparecer. Conforme esto sucede, las familias dicen a sus hijas: “Lo mejor (no) es que te vayas”. La respuesta de las mujeres difiere: algunas hacen oídos sordos y siguen pintando su cenefa, otras se marchan definitivamente, pero la mayoría “se van y se quedan”.

En cualquiera de los casos se establece entre ellas un pacto implícito por el que acuerdan no hablar nunca más del tema y sí hablar de las pequeñas cosas. Se piensa en el lugar que quien no se deleita con las pequeñas cosas es gente peligrosa.



Remedios Zafra en la presentación del libro *Historias de Vida* en Madrid.

■ Como colofón de los artículos sobre mujeres rurales del *Anuario 2009* de la Fundación de Estudios Rurales, se incluye en estas páginas una selección de relatos de Remedios Zafra, que forman parte del libro *Lo mejor (no) es que te vayas*.

Remedios Zafra nació en Zuheros (Córdoba, España). Es escritora, profesora titular de la Universidad de Sevilla y directora de la revista *Mujer y Cultura Visual*. Doctora en Bellas Artes, máster internacional en Creatividad y estudios superiores en Arte y en Antropología Social y Cultural. Ha recibido diferentes premios por su trabajo ensayístico, literario y de investigación sobre feminismo y estudios de género, entre ellos el Premio Literario Mujeres del Medio Rural y Pesquero 2006 del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación del Gobierno de España, por *Lo mejor (no) es que te vayas* <<http://www.lomejornoesquetevayas.net>>. La Fundación de Estudios Rurales agradece a Remedios Zafra su colaboración.

Histerectomías de la tierra (el éxodo)



Imagen reflejada en el retrovisor de un coche: agente comarcal habla a un grupo de mujeres de Molina de Aragón (Guadalajara, 1961). Autor: Quiñones. Archivo fotográfico digital de la Secretaría General Técnica del Ministerio de Medio Ambiente, y Medio Rural y Marino.

Irse y volver supone no irse del todo, no quedarse del todo. Irse y volver es un éxodo ficticio, un purgatorio para el nómada. Porque abandonar un lugar para irse por siempre supone, cuando menos, hacer una mudanza, despedirte de los que se quedan y dotar de trascendencia el viaje. Cabe la vuelta, claro, pero sólo como visita, no más. Sin embargo, este irse y no irse es como vivir en los muros y despertar cada día con un pie del lado de una habitación diferente.

En las últimas décadas muchas mujeres nacidas en pueblos arrastran esta condena fantasmal de estar y no estar a un mismo tiempo. Habiendo salido de sus primeros hogares para buscar mejores condiciones de vida y trabajo, siguen regresando allí de donde se fueron para cuidar, acompañar y querer a lo/s que se queda/n.

Puesto que para quien se va no hay lugar más prohibido que aquel del que se sale, ellas no corresponden a ese grupo de los que se marchan, sin más. Ellas se marchan y continúan al mismo tiempo. De hecho, vuelven a su pueblo cada pocos días, cada semana, a lo más cada mes. Y se preguntan en el pueblo: “¿Es irse este irse a medias?”

Ellas no tienen un relato épico que contar, ni una guerra a sus espaldas, ni siquiera una posguerra, ni hambre, ni dictadores; no cargan con motivos que las conviertan en mártires, víctimas o refugiadas... Ellas, que sólo conocieron todo esto que les precede por intermediarios, se fueron no por ideales ni por religión. Irse por algo tan “prosaico” (para la Historia) como un trabajo las condena a ser fantasmas de segunda. Volver por algo tan invisible (para la Historia) como las historias de los afectos, las convierte en invisibles.

Sus padres escucharon de boca de otros que ya lo vivieron cómo, al principio despacio y después con cierta rapidez, muchos pueblos fueron menguando hasta desaparecer un día. Escucharon que esto también les pasaría a ellos. El anuncio pareció convertirse en destino innegociable para los habitantes de los pueblos pequeños. Diría incluso que al ser tan terrorífico nadie dudó del mismo (en los pueblos tendemos a creer que todo, incluso lo peor, es posible). De esta manera, más que resignarse, al prepararlo todo para que el éxodo no les pillara desprevenidos, inconscientemente lo fueron haciendo posible.

Ninguna persona recuerda si el origen tuvo voz de adivino porque el rumor corría velozmente de boca en boca, pronosticando (auspiciando) la inminente diáspora de los jóvenes, especialmente de las mujeres, y la posterior desaparición del pueblo. Así, desde los años ochenta muchas se fueron, pero la mayoría sin irse del todo, como los espíritus de los muros y de las carreteras. Su viaje, por tanto, no fue un viaje convencido. Cuando uno es joven se confía en aquellos que te pien-

san desde afuera y las decisiones son compartidas con otros, más de los otros que de uno.

Con el paso de los años, cuando se envejece, se descubre que en aquel temor no había sino una intuición, una inseguridad colectiva, un fundamento mágico o subjetivo en muchos casos, una consigna camuflada por alguien que pretendía que aquello fuera así. “Alguien” a quien sólo le bastó ampararse en la resignación de los que creen que todo (más lo malo que lo bueno) es posible. Este “alguien” a quien reconforta culpabilizar es metafórico, un símbolo sin cuerpo, claro está, pero no pueden fiarse, son los peores. Resbaladizos, camaleónicos y constantes en sus propósitos, terminan por hacerles creer que no había alternativa. Les convencen de que existen de verdad y que son peligrosos, muy poderosos.

Al poco tiempo de marcharse, las mujeres sintieron pánico a no ser de ningún sitio (al no ser de la ciudad les recordaban que debían “ser” de algún sitio); quisieron entonces aferrarse más a su pueblo que a ningún otro lugar. Obviamente esta sensación era más intensa cuando no estaban allí y la ausencia se transformaba, irremediablemente, en “presencia”. Cuando más que emigrantes o exiliadas eran huéspedes, visitas de un tiempo. En esos intervalos el sentimiento de pérdida posible les provocaba unas ganas terribles de llorar.

Hasta que un día comenzaron a espejizar en los paisajes urbanos imágenes de su pueblo. Y así, los bloques de apartamentos de diseño minimalista se convirtieron en casas blancas de ventanas barrocas repletas de geranios; el ruido crónico del tráfico en el trino sostenido de los pájaros; el cine en la misa de ocho; y las filas de coches que se pierden entre colinas de hormigón en hileras de olivos que se emborronan en un horizonte infinito.

Cuando se producen estos espejismos las mujeres piensan seriamente en su condena: ir y venir “¿Y si nos quedamos aquí para siempre? ¿Y si volvemos allí para siempre?” Pero la crisis suele durar poco y, finalmente, deciden optar por una posición intermedia: estar y no estar a un mismo tiempo. Esto lo hacen aun a sabiendas de que esta fórmula es el primer paso para desaparecer, pero les resulta imposible quedarse del todo y les resulta imposible irse del todo.

Decoran sus casas de la ciudad con fotos del pueblo y, en ocasiones, convierten su dormitorio y su salón en una réplica rústica de los que obsesivamente ven difuminados por la amenaza de la desaparición, como quien hace copias compulsivas de los documentos que teme perder. Recrean en sus cuartos el olor a jazmines, las sillas de enea y las camas de hierro. Duplican el original por si en un retorno ya hubiera culminado el augurio.

Al hacer esto vuelven a corroborar que inevitablemente se acercan a una forma de desaparición, reproduciendo las mismas habitaciones en lugares distintos, estando y no estando. Ellas no pueden evitarlo y viven con esa dolorosa contradicción, con esa necesidad.

A veces se despiertan con un sueño y un grito: “¡Vete! ¡Quedarse es fracasar! ¡Lo mejor (no) es que te vayas!” Pero después no recuerdan con nitidez si el sueño decía “lo mejor es que te vayas” o “lo mejor no es que te vayas” y entonces vuelven a hacer ambas cosas.

En el fondo saben que el “sueño” no proviene de un sueño, sino que todas lo vieron en los ojos de sus padres. Ojos que, por un lado, les incitan a marcharse y, por otro, les enseñan la chispa tatuada de la última puesta de sol (justamente igual que la primera que ellas recuerdan). Esa que sólo precisa de sus ojos para ver, querer ver.

Si no fuera porque no tienen un relato épico que contar y nunca se aferraron a ningún fanatismo. Si no fuera por su enfermiza responsabilidad y por el camino andado, muchas mandarían todo al cuerno y cambiarían su destino. Algunas se marcharían del pueblo “sin miedo”; otras se quedarían “sin pena” y algunas volverían de nuevo a la casa de la que salieron, a repensar su aldea, a reconstruir el suelo bajo sus pies, a devolver el declive (auspiciado) a su lugar primero: al mito; a su lugar deseado: a la estadística fallida.

Háganme un favor: si las ven preocupadas en una curva, junto a los fantasmas de la carretera, en un supermercado de la periferia urbana, estudiando en una biblioteca pública o retocando su cenefa en el pueblo, párense para decirles que eso de “lo mejor es tal o cual cosa” es otro invento, que no tengan miedo. Que decidan ellas, que se queden o que se vayan. Pero, insistan, que no tengan miedo. ■

Las lágrimas de las gotas



Grupo de mujeres recolectando la aceituna tirada del árbol en la finca "La Noria"; título del autor: "Belleza y fruto" (Arjona, Jaén, 1954). Autor: Eufrasio Martínez Valero. Archivo fotográfico digital de la Secretaría General Técnica del Ministerio de Medio Ambiente, y Medio Rural y Marino.

*¿Tienen lágrimas las gotas?
¿Cómo se sabe si llora el río? ¿Tiene hierba la hierba?
¿Por qué lloran las gotas? ¿En quién se lloran las lágrimas?*

Viven en un campo de zarcillos morados y hojas sin descanso. Allí las gotas, como los peces, no saben que están mojadas. Y no tienen alternativa (o no lo saben).

Antes, en el campo de zarcillos morados y hojas sin descanso, si usurpabas el puesto de éleras "hembra", pero nadie lo hizo porque ni siquiera tuvieron que inventar la palabra "hembra". Si, simplemente, te limitabas a estar eras hembra, gota mojada sin saberlo. Fácil de ser porque suponía ser lo que eres, porque allí eres lo que te tratan. A la décima vez de verlo, lo reproduces y entonces "eres".

La cabra hembra "es" porque lo es, y lo sabe, y lo ve en las otras y se ennoblece al parir cabritillos y al dar leche de cabra. Pero, ¿que pasará si la cabra opta por no tener crías o si decide operarse para no dar leche, o para darla, por ejemplo, con un suplemento de calcio? O, ¿qué pasaría si la cabra prefiere maullar? No sería cabra entonces, sería una renegada, una no-cabra, una cabra mutante. "¡Cabra perversa!, ¡abyecta!, ¡puta!", la llamaría algún macho cabrío y alguna otra cabra. "¡Qué cosas! ¡Vender su esencia de cabra! Hermanas cabras: No desestiméis la posibilidad de un flirteo humanofílico con el cirujano que la operó" (en el reino caprino con la sospecha basta)... Desterrada pues del rebaño, condenada a pudrirse en un cortijo abandonado. "¡Ay, pena de mi cabra!" Este temor perseguía a los padres..., de las cabras.

Y si fueras mujer hembra en el campo de zarcillos morados y hojas sin descanso, los hombres padre y las mujeres madre sufrirían si tuvieras iniciativa de suplemento alguno en la tierra, pero no tanto si fueras gota sin saber que estás mojada (normalmente ellos tampoco lo saben). En cualquier caso, hoy en día "lo mejor es que te vayas", te dicen casi todos mientras secan sus manos al sol. Cuando escuchan esto, las hijas sienten que han vivido en un tiempo que no les pertenecía y advierten que el barco se hunde.

En el campo de zarcillos morados y hojas sin descanso la profesión de las mujeres suele ser poco variada, también la de los hombres. Pero en su caso (mujeres) además es no visible, no cuantificable, presupuesta, exigible a menudo sin contrato de trabajo, no tiene denominación específica en el catálogo de profesiones serias y remuneradas,

tampoco derecho a jubilación, reconocimiento, ni horas libres para tomar café “sola” en el bar del pueblo (“¡Mirad. Hay una cabra en la barra!”).

Esta no-profesión cuenta entre otras con las siguientes tareas: cuidar de la vida cuando la vida comienza, cuidar de la vida cuando la vida sufre, cuidar de la vida cuando la vida envejece, mayormente. De manera que viene dada por pseudoacreditaciones del tipo: mujer-madre, mujer-cuidadora de ancianos, mujer cuidadora de familia, mujer-cocinera, mujer-limpiadora, dadora de afectos...

Los hombres suelen trabajar en el campo casi todo el año. Durante tres o cuatro meses (Santa Bárbara, que era mujer, pero santa, suele dar la señal) las mujeres (cuidadoras de las vidas que nacen, crecen, sufren y envejecen) se unen a la cuadrilla como jornaleras. Ellas recogen y ellos

varean, y al llegar a casa ellas recogen y ellos “barean”.

Si una hija de una mujer-madre-ama de casa-jornalera tiene que escribir la profesión de los padres en un formulario escolar siempre pregunta: “¿Qué pongo en la casilla de mi madre, señorita?”

Y cuando las niñas crecen, algunas suelen quedarse en el pueblo, la mayoría como mujeres-madres-amas de casa-eventuales jornaleras, todo junto o en combinaciones de dos. Desde hace años varias salen del campo de zarcillos morados y hojas sin descanso, suben y bajan escaleras, van y vienen y se convierten en interinas-opositoras, maestras y enfermeras, principalmente.

Pensarán que es mentira, pero las gotas tienen lágrimas. Yo lo he visto y lo sé porque encontré varias que pudiendo llorar no lloraban. ■

El reloj



Niña y mujer montadas en burro salen de una viña con dos cestos cargados de uva. Autor/a: desconocido/a. Archivo fotográfico digital de la Secretaría General Técnica del Ministerio de Medio Ambiente, y Medio Rural y Marino.

Un despiste o una broma y, en todo caso, el éxodo progresivo de los habitantes de la aldea hicieron de este reloj un reloj atípico, más un cronómetro inútil que el reloj de Ayuntamiento que siempre fue.

Resulta que a alguien se le ocurrió conectar el reloj a una toma de electricidad que no siempre estaba operativa, es decir, que un día sí, otro también, alguien apagaba un interruptor y con él paraba el reloj. Puede que siempre hubiera

sido así, que invariablemente desde que existe el reloj, éste hubiera estado conectado a dicha toma, pero en el pueblo no se habían percatado de que eso fuera un problema. De hecho, hasta hace un tiempo la electricidad en los espacios comunes estaba garantizada día y noche.

Todo cambió cuando la aldea empezó a despoblarse. Con poco más de ochenta personas en el pueblo, las horas de energía en calles y zonas comunes se han visto reducidas a apenas algunas por la noche.

María, la alcaldesa, les dice a los vecinos que ella no tiene la culpa, pues el dichoso interruptor no está en la aldea. Insiste en que se encuentra en una pequeña central de suministro de varios municipios de la zona a la que ninguno de ellos tiene acceso.

Tras varias solicitudes a las administraciones competentes requiriendo una solución al problema, los responsables del interruptor dicen a María que tienen la obligación de optimizar su uso y que el número de habitantes no es suficiente para alcanzar el mínimo rentable, resultado del 4% de la última raíz cuadrada del algoritmo con que distribuyen la energía elevada al cubo. Le indican además que cuentan con el visto bueno de las autoridades de la provincia y de la comunidad. Para colmo le insinúan que si quieren electricidad todo el día “lo mejor es que se vayan” a otro lugar.

María no duerme por las noches rehaciendo esa dichosa cuenta y no entiende por qué algo tan básico como la energía depende de una operación matemática tan complicada. Parece que, de momento, no les queda otra opción que resignarse ya que, por supuesto, no piensan marcharse.

Respecto al reloj, todo esto no sería un problema si éste fuera un reloj pequeñito y privado, pero se trata del reloj del pueblo, algo más que un símbolo, una pieza indispensable para el trabajo en el campo, la referencia del resto de los relojes. Desde que todos recuerdan, sus campanadas han marcado los tiempos de la jornada de trabajo. La acústica de las montañas es buena y las horas, medias y cuartos pueden escucharse incluso en las parcelas del término más alejadas.

Claro, ahora todo es distinto, el tiempo se ha

vuelto loco. El reloj no marca las horas del día según lo convencional. Su tiempo es peculiar. Marca sólo y como mucho unas seis horas al día en invierno y unas tres en verano. Ya no suena de día, sólo de noche.

Lo extraño del suceso es que algo también está cambiando en el campo. Simultáneamente, la cosecha ha variado su ciclo. María ha notado que la tierra está ralentizada. La viña familiar que desde pequeña ha visto alternar entre la hoja verde, el fruto y el tronco pelado, pasa ahora más tiempo en cada estado. La uva no llega en septiembre y tarda excesivamente en madurar.

En un primer momento, María piensa que puede deberse a un pequeño desajuste, a que son pocos para ocuparse de todo y, en consecuencia, al mayor abandono de algunas tierras. Pero lo más sorprendente es que a medida que pasa el tiempo las estaciones también van alargándose, de manera que ya nada corresponde a lo convencional para cada mes. Es asombroso, pero además está pasando en todas partes del mundo. No es por tanto irracional alarmarse ante la posibilidad de que al día siguiente (de cada día) no ocurriera lo obvio, pues lo obvio ya no era lo obvio.

Parece que el problema tiene una dimensión mayor de lo que suponía María. El caso es que sea una aceleración producida por el imparable deterioro de la ozonosfera o un trampantojo planetario, la tierra y el sol parecen vivir ahora a cámara lenta y, como resultado, las lluvias y la tierra siguen un ritmo desordenado que trae locos a los del pueblo.

Docta en esto de hacer cuentas desde su batalla por el interruptor, María observa el tiempo registrado por su reloj colectivo y hace números. Después de reflexionarlo pacientemente reúne a sus convecinos (los pocos que quedan ya, todos familiares y amigos) y les sugiere que una coincidencia hay en aquellos cambios que tanto afectan a su vida y trabajo en el campo. Desde que el reloj no marca el tiempo “completo”, el tiempo y el mundo aparentemente se han adaptado a la vida eléctrica del reloj.

Los habitantes de la aldea no tienen por qué dudar de María, con fama de razonable. Ellos también han sido testigos de lo ocurrido, aunque la explicación parezca un disparate. No obstan-

te, todos están de acuerdo en que no pueden hacer pública su sospecha y deben esperar para encontrar la manera más discreta de resolver la situación.

Claro está que el resto del mundo antes creará a un agorero apocalíptico que la existencia de una íntima relación entre el tiempo eléctrico de la aldea y la alteración climática como consecuencia de la misma, aun pareciendo ambas igual de esotéricas. Con sentido común, los vecinos del pueblo temen que si alguien se entera de su sospecha les creerán víctimas de una alucinación colectiva y los convertirán en monos de feria así que, de momento, callan.

En las ciudades sin embargo no paran de hablar del tema. Ávidos de respuestas, no les convencen las lucubraciones de ayer y hoy inventan otras distintas. Muchos anuncian desgracias mundiales en ciernes por lo que un sector percibe como una “ralentización” del sol y de la tierra, y otro como la “aceleración” de los seres humanos, una precipitación de su mirada (como si los ojos hicieran una huelga a la japonesa) que, por efecto, convierte el mundo en lento.

Cuestión de la relatividad del enfoque, el caso es que unos y otros hacen su agosto vendiendo diversos tipos de reconciliaciones místicas y simbiosis con la naturaleza. Todo como forma de redimir la contribución personal de cada cual al cambio climático o al estrés de los ojos y de una vida acelerada. Como resultado de la incertidumbre sembrada por doquier, en poco tiempo se produce una importante diáspora de gentes de la ciudad hacia el campo, buscando reconciliarse con la naturaleza. La nueva migración que invierte la lógica de años anteriores trae nuevos agricultores a la aldea.

Cuando María quiere darse cuenta se ha convertido en la alcaldesa de un pueblo que supera el millar de habitantes. Piensa entonces que es la oportunidad idónea para enmendar el entuerto del reloj sin llamar la atención. Ahora todas las casas de la aldea están ocupadas y las tierras vuelven a labrarse. Es obligado, por tanto, no sólo que les aumenten el número de horas de electricidad, sino que puedan disponer de un interruptor propio instalado en la localidad para que ellos mismos gestionen su uso.

Por fin el resultado del 4% de la última raíz

cuadrada del algoritmo con que distribuyen la energía, elevada al cubo parece ser positivo y María consigue electricidad sin restricciones y, ¡uf!, el flamante interruptor que ubican en el Ayuntamiento.

El estreno se convierte en todo un acontecimiento y es anunciado por María como la “Festividad del Tiempo”. Fiesta que la mayoría de nuevos vecinos presuponen cargada de tradición y que, poco más tarde, alguien se ocuparía de mitificar como costumbre ancestral en la zona (rezará en un folleto explicativo: celebración local en memoria de San Interrupto, mártir cuya imagen fue encontrada en una cueva de los alrededores).

La activación del interruptor se produce, por fin, una mañana a las doce del mediodía según indica el resto de relojes de los habitantes. Doce campanadas, segundo a segundo colectivo, se escuchan y retumban en los campos que rodean la aldea.

Como si del encaje de una pieza tiempo descarrilada que vuelve a su lugar se tratara, tiempo con tiempo vuelve a fundirse. El compás del campo se va acelerando, suavemente, y el movimiento del sol se acopla al viejo, ahora resucitado, engarce.

Al comprobar que todo se soluciona, la auto-ridad en sus distintas modalidades y como res-

ponsable de afirmar lo obvio (aunque últimamente lo obvio ya no era lo obvio) da forma a su particular versión del desenlace.

Así, en los periódicos del día siguiente al reajuste, un grupo de científicos convierten consecuencias y logros ajenos en premeditación, y se presentan como ideólogos de la fórmula del recople del tiempo; los ejércitos del mundo se ponen a sí mismos varias medallas por haber disparado al espacio exterior (a petición de los científicos) un compuesto químico de nombre serio y terminado en número, que (supuestamente) ha acelerado el tiempo; los políticos se autoproclaman responsables de haber facilitado el trabajo a los científicos y a los militares; las iglesias y los templos se llenan de ofrendas; las guerras pararán unas horas pero otras surgen movidas por quienes quieren aparecer en la foto que pasará a la historia; algunos adivinos firman sus contratos para trabajar como comentaristas asalariados en la televisión, a la par que les acondicionan un blog en los periódicos más importantes; otros cambian el tirón de masas del Apocalipsis por predicciones mesiánicas.

María y sus vecinos callan y siguen cultivando sus tierras al compás que rítmicamente: *tictac, tictac, tictac*, marca de nuevo su viejo reloj y su tiempo renovado. ■